

un desprecio cuando quiso conducir contra Nicanor el ejército de los Atenieses. Llegó al mismo tiempo con tropas Alejandro, hijo de Poliperconte, según lo que él decía, para auxiliar contra el mismo Nicanor á los ciudadanos; pero en el efecto para apoderarse, si podía, de la ciudad, que por sí misma se le venia á la mano. Porque los desterrados habian acudido á él, y al punto se habian metido en la ciudad; y con los forasteros y los notados de infamia que se les agregaron, se reunió una junta numerosa y desordenada, en la que deponiendo del mando á Focion, eligieron otros generales; y á no haber sido porque dirigiéndose Alejandro solo á hablar con Nicanor al pie de la muralla fue visto, y porque habiéndolo ejecutado repetidas veces dió ocasion á que sospechasen los Atenieses, no hubiera evitado la ciudad aquel peligro. Al punto pues el orador Agnónides se desencadenó contra Focion, acusándole de traidor; de lo que temerosos Calimedonte y Pericles salieron de la ciudad; pero Focion y los amigos que permanecieron á su lado se acogieron á Poliperconte: saliendo con ellos por consideracion á Focion, Solon de Platea y Dinarco de Corinto, que pasaban por apasionados y amigos de Poliperconte; mas á causa de haber caido enfermo Dinarco se detuvieron en Elatea por bastantes dias. En estos, en virtud de un decreto, defendido por Agnónides y escrito por Arquestrato, envió el pueblo una embajada con el objeto de acusar á Focion; y unos y otros alcanzaron á un mismo tiempo á Poliperconte que iba en compañía del Rey cerca de una aldea de la Fócide, llamada Faruges, y situada junto al monte Acrourio, al que ahora dicen Gálata. Puso en ella Poliperconte un dosel de oro, y sentando debajo de él al Rey y á su lado á los de su corte, en cuanto á Dinarco dió orden de que sobre la marcha le prendiesen; y despues de darle tormento, le qui-

tasen la vida; y á los Atenieses les concedió permiso de hablar. Levantóse grande alboroto y gritaría, acusándose unos á otros en aquella junta; y como dijese Agnónides: metednos á todos en una jaula, y enviadnos á que tratemos este negocio ante los Atenieses, el Rey se echó á reir; pero los Macedonios y otros forasteros que presenciaban la junta, estando de vagar, deseaban oir, y por señas rogaban á los embajadores que entablaran allí su acusacion. Mas el partido era muy desigual, porque habiendo empezado á hablar Focion, Poliperconte se le opuso muchas veces; y habiendo dado por fin un bastonazo en el suelo, aquel se detuvo y calló; y diciendo Hegemon que Poliperconte le era testigo de su amor al pueblo, como Poliperconte le respondiese enfadado: no vengas aqui á mentir ante el Rey; levantándose este, intentó herir á Hegemon con la lanza; pero Poliperconte le echó al punto los brazos para detenerle, y así se disolvió la junta.

Rodeados por los guardias Focion y los que con él se hallaban, los demas amigos que tuvieron la suerte de no estar tan cerca, en vista de esto ó se ocultaron ó huyeron, y así se salvaron. A aquellos los trajo Clito á Atenas, según decian, para ser juzgados; pero en realidad condenados ya á morir; y su conduccion ofrecia un espectáculo bien triste, siendo llevados en carros por el Cerámico al teatro: porque allí los tuvo reunidos Clito, hasta que los Arcontes convocaron la junta, de la que no excluyeron ni á esclavo, ni á forastero, ni á hombre infame, sino que dejaron patentes á todos y á todas la tribuna y el teatro. Leyóse una carta del Rey, en la que decía, que para él aquellos hombres eran traidores; pero que dejaba á los Atenieses el que los juzgasen, pues que eran libres é independientes; y como en seguida los hubiese presentado Clito, los ciudadanos de probidad y virtud, al ver á Focion se

cubrieron los rostros, y bajando los ojos no podian contener las lágrimas. Hubo sin embargo uno que se atrevió á decir, que habiendo dejado el Rey al pueblo un juicio como aquel, correspondia que los esclavos y los extrangeros salieran de la junta. Mas no lo llevó en paciencia la muchedumbre, y como gritasen que debian ser apedreados los oligarquistas y enemigos del pueblo, ya ninguno otro se resolvió á hablar en favor de Focion. El mismo, teniendo gran trabajo y dificultad en hacerse escuchar: ¿cómo quereis condenarme á muerte, les dijo, injusta ó justamente? y como algunos respondiesen, justamente: ¿pues y esto cómo lo conoceréis, les replicó, sino me escuchais? Nadie queria ya oír mas; y entonces saliendo mas adelante, por mí, les dijo, reconozco que he obrado mal y me sentencio á muerte por mis actos de gobierno; pero á estos, ó Atenienses, ¿por qué quereis quitarles la vida, no habiendo delinquido en nada? Como á esta reconvencion respondiesen muchos: porque son amigos tuyos; se retiró Focion, y nada mas dijo; pero Agnónides leyó un decreto que tenia escrito, segun el cual el pueblo debía juzgar si entendia que habian delinquido, y los reos sufrir la pena de muerte si esta declaracion les era contraria.

Leido el decreto, deseaban algunos que Focion fuera atormentado antes de recibir la muerte, y daban la orden de que se trajera la rueda, y se llamara á los ejecutores; pero Agnónides, viendo que tambien Clito lo repugnaba, y que la cosa en sí era bárbara y abominable: cuando prendamos, dijo, ó Atenienses, á ese vil hombre de Calimedonte, entonces lo atormentaremos; pero en cuanto á Focion yo no propongo semejante cosa; á lo que uno de los hombres honrados exclamó: y haces muy bien; porque si atormentábamos á Focion, ¿contigo que deberiamos hacer? Sancionado el decreto, y dados los votos, sin que nadie se sentase, todos en pie como estaban,

y aun muchos poniéndose coronas, los condenaron á muerte. Hallábanse con Focion Nicócles, Tudipo, Hegemon y Pitocles, y se decretó tambien la muerte de Demetrio Falereo, de Calimedonte, de Caricles y de otros ausentes.

Disuelta la junta llevaron á los sentenciados á la cárcel, y los demas, viéndose rodeados y estrechados entre los brazos de sus amigos y deudos, iban afligidos y desconsolados; pero al ver el rostro de Focion tan sereno como cuando yendo de General le acompañaban desde la junta pública, todos generalmente admiraban su imperturbabilidad y su grandeza de alma, aunque sus enemigos al paso le llenaban de improperios, y alguno hubo que se acercó á escucharle; de manera que él se volvió á los Arcontes y les dijo: «¿no habrá quien contenga á este desvergonzado?» Como Tudipo, estando ya en la cárcel y viendo molida la cicuta se irritase y lamentase su desgracia, pues no habia motivo para que fuera comprendido en la de Focion: «¿con que no tienes en mucho, de dijo este, el que con Focion mueres?» Preguntándole uno de sus amigos si decía algo para Foco su hijo: «sí; le respondió, le digo que no mire mal á los Atenienses.» Pidiéndole Nicócles, que era el mas fiel de sus amigos, que le permitiera beber antes la pócima: «cruel y terrible es para mí tu peticion, le contestó; pero pues que en vida no te negué ningun favor, tambien te concedo este.» Con haber bebido todos los demas se acabó el veneno, y el ejecutor público dijo que no moleria mas si no se le daban doce dracmas, que era lo que costaba una porcion. Pasábase el tiempo y la detencion era larga; llamó pues Focion á uno de sus amigos, y diciendo: «¿bueno es que ni aun el morir lo dan de balde en Atenas! le encargó que pagara aquella miseria.

Era el dia diez y nueve del mes Muniquion, y

haciendo los caballeros una especie de procesion en honor de Júpiter, unos arrojaron las coronas, y otros volviéndose á mirar las puertas de la cárcel prurupieron en llanto; y á todos los que no tenían el alma pervertida por el encono ó por la envidia les pareció cosa execrable el no haber esperado por aquel dia, y no haber conservado á la ciudad pura de una ejecucion pública mientras celebraba aquella festividad. Mas los enemigos de Focion creyeron que sería incompleto su triunfo si no hacian que hasta el cadáver de Focion fuera desterrado, y que no hubiera Ateniese que encendiera fuego para darle sepultura; así es que no hubo entre sus amigos quien se atreviese ni siquiera á tocarle. Un tal Conopion, que por precio solia ocuparse en estas obras, tomó el cuerpo, y llevándole mas allá de Eleusine, le quemó encendiendo el fuego en tierra de Megara. Sobrevino allí una muger Megarense con sus criadas, y levantando un túmulo vacío, hizo las solemnes libaciones. Tomó despues en su regazo los huesos, y llevándolos por la noche á su casa abrió un hoyo junto al hogar, diciendo: «en tí, mi amado hogar, deposito estos despojos de un hombre justo, y tú los restituirás al sepulcro paterno cuando los Atenienses hayan vuelto en su acuerdo.»

No se había pasado mucho tiempo cuando los sucesos mismos hicieron ver al pueblo, qué zelador y guarda de la modestia y la justicia era el que había perdido. Erigióle pues una estatua de bronce, y á expensas del erario público dió sepultura á sus huesos. De sus acusadores á Agnónides los mismos Atenienses le condenaron y quitaron la vida; y á Epicuro y Demofilo, que habian huido de la ciudad, el hijo de Focion los descubrió y tomó de ellos venganza. De este se dice que no era hombre de recomendables prendas; que enamorado de una esclava educada en casa de un rufian, por casualidad habia

llegado al Liceo á tiempo en que Teodoro el Ateo formaba este argumento: si no es cosa torpe rescatar al amigo, tampoco por consiguiente á la amiga; y si no lo es el rescatar al amado, tampoco á la amada; y que adoptando este modo de discurrir como tan acomodado á sus deseos, habia redimido á la amiga. En fin, lo ejecutado con Focion hizo á los Griegos acordarse de lo ejecutado con Sócrates, por ser este yerro muy semejante á aquel, y causa igualmente para la ciudad de grandes infortunios.